

175
D

15-37
15-12-966

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1964 - Núm. 128



SEVILLA

PUBLICACIONES

DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM.

DEPÓSITO LEGAL, SE-25-1958



IMPRESO EN ESPAÑA.

*EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 29. — SEVILLA.*

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1964



Tomo XLI
Número 128

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1964

NOVIEMBRE-DICIEMBRE

Núm. 128

CONSEJO DE REDACCIÓN

Ilmo. Sr. D. CARLOS SERRA Y DE PABLO-ROMERO, Presidente de la Diputación Provincial.—Excmo. Sr. D. José HERNÁNDEZ DÍAZ.—Sr. D. Jesús ARELLANO CATALÁN.—Sr. D. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA.—Sr. D. Antonio MURO OREJÓN.—Sr. D. Luis TORO BUIZA.—Sr. D. Leonardo CATARINEU VALERO.—Sr. Secretario de la Diputación Provincial.—Sr. Interventor de la Diputación Provincial.

Director.—Sr. D. Manuel JUSTINIANO Y MARTÍNEZ.

Secretario de Redacción.—Sr. D. José Manuel CUENCA TORIBIO.

Administrador.—D.ª Araceli SHAW GARCÍA.

Vicesecretario de Redacción.—Srta. María del Carmen RODRÍGUEZ LÓPEZ.

Viceadministrador.—Srta. Francisca CABRERA FERNÁNDEZ.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

Alvaro D'Ors.— <i>Fides, ex auditu</i>	229
Vicente Pérez de Sevilla y Ayala.— <i>Apuntes histórico-genealógicos de la «Casa de Sevilla»</i> (I)	239
Francisco Aguilar Piñal.— <i>Las representaciones teatrales y demás festejos públicos en la Sevilla del Rey José</i>	251
Juan Sierra.— <i>Contestaciones a un cuestionario promovido por la revista ARCHIVO HISPALENSE</i>	307

MISCELANEA

José Manuel Cuenca Toribio.— <i>Una fuente sevillana para el estudio del Trienio Constitucional</i>	325
Honorio Ruiz Medrano.— <i>Más acerca de la «Gazeta Nueva»</i>	335
Ricardo Rufino.— <i>El pintor Agustín Segura</i>	345

LIBROS

<i>Ben al-Jatib y otros</i> .—« <i>La toma de Antequera</i> », por J. M. Ruiz Asencio.	351
George Roux.—« <i>La Guerra Civil de España</i> », por M. J. M.	354
Rafael Gamba Ciudad.—« <i>La unidad religiosa y el derrotismo católico</i> », por Manuel Justiniano.	357
Ricardo Fernández de la Reguera y Susana March.—« <i>Episodios Nacionales Contemporáneos. Fin de una Regencia</i> », por M. J. M.	359

	Págs.
<i>Ricardo Fernández de la Reguera y Susana March.</i> —« <i>Episodios Nacionales Contemporáneos. La boda de Alfonso XIII</i> », por M. J. M.	361
<i>Paul Chauchard.</i> —« <i>El ser humano según Teilhard de Chardin</i> », por James G. Colbert.....	362
<i>Michel de Saint Pierre.</i> —« <i>Los nuevos Curas</i> », por M. J. M.	364
<i>Rafael Calvo Serer.</i> —« <i>Las nuevas democracias</i> », por Luis Rodríguez Ramos	366
<i>Diputación Provincial de Barcelona.</i> —« <i>XXV años de paz</i> », por M. J. M.	368
<i>Juan José López-Ibor.</i> —« <i>La aventura humana</i> », por Antonio del Toro.	370
<i>Manuel García Ceballos.</i> —« <i>Casas-Viejas</i> », por M. J. M.	371
<i>Bernhar Haring</i> —« <i>Cristiano en un mundo nuevo</i> », por Antonio del Toro	374
<i>Gerald Clark</i> —« <i>América en llamas</i> », por M. J. M.	376
<i>Francisco Morales Padrón.</i> —« <i>Historia del descubrimiento y conquista de América</i> », por Fernando de Armas Medina.....	377
<i>Carlos García Fernández y Francisco López Estrada.</i> —« <i>Discursos leídos...</i> », por M. J. M.....	382
<i>Francisco Aguilar Piñal y Francisco López Estrada.</i> —« <i>Don Manuel María del Mármol y la restauración de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en 1820, y contestación</i> », por M. J. M.	383
<i>Fritz Valjavec.</i> —« <i>Historia de la Ilustración en Occidente</i> », por Esperanza Ruiz Carmona.....	384
<i>Rudolf Schnackenburg.</i> —« <i>El testimonio moral del Nuevo Testamento</i> », por Luis Núñez Ladevéze.....	386
<i>Friedrich W. Foerster.</i> —« <i>Ética y Pedagogía Sexual</i> », por M. J. M. ...	388
<i>Antonio Domínguez Ortiz.</i> —« <i>La Sociedad española en el siglo XVII</i> », Tomo I, por A. Herrera.....	390
—	
Cronista Oficial de la Provincia.—« <i>Crónica de la Diputación</i>	397
Cronista Oficial de la Provincia.—« <i>Aquellos tiempos de la República</i> » (II)	399

FIDES, EX AUDITU

ESTA proposición procede de San Pablo, en su Epístola a los Romanos (10,17). Habla allí el Apóstol de la resistencia de los judíos ante la palabra de Dios. Toma, a este propósito, el versículo de Isaías (53,1): “¿Quién ha dado fe a lo que oyó de nosotros?”. Este mismo versículo profético había sido tomado, para el mismo fin, por San Juan (Jn. 12,38). “Pero no todos prestaron oído al Evangelio” —escribe San Pablo (Rom. 16,16)— “Porque Isaías dice: ‘Señor ¿quién ha dado fe a lo que oyó de nosotros’. Luego” —agrega el Apóstol (10,17)— “la fe viene de lo que se oye, por medio de la palabra de Cristo”. Y continúa sobre la resistencia de los judíos a la fe. Así, la fe viene por vía auditiva: *pistis ex akoês, fides ex auditu*.

Nuestras reflexiones de hoy versan sobre la posible vigencia de este aserto cuando se proyecta sobre la realidad actual del mundo de las percepciones; es decir, sobre la mayor idoneidad de las percepciones auditivas frente a las visuales a efectos de la fe y de la formación espiritual de los individuos y de las masas, lo que podríamos llamar “fines edificantes”.

Ver y creer.

Sería excesivamente simplista el zanjar esta cuestión con el razonamiento expeditivo de que, siendo la fe un “argumento de las cosas que no se ven” (Hebr. 11,1), hay una incompatibilidad entre la fe y la visión, pues sólo se puede tener fe en aquello que no se ve, y la fe quedará evacuada el día que veamos a Dios. El mismo San Pablo (II Cor. 4,18) nos dice que hay que poner la mira, no en las cosas que se ven, que son pasajeras, sino en las que no se ven, que son eternas. Cabría decir así

que las cosas eternas se pueden oír, pero no se pueden ver. Este razonamiento no es del todo ajustado, porque la visión de que aquí se trata no es la del objeto mismo de la fe, sino la de los medios humanos para procurarla. Con todo, quizá haya una conexión profunda entre esta invisibilidad del objeto y la mayor idoneidad de las percepciones auditivas.

La cuestión se centra en la comparación entre la predicación propiamente dicha, es decir, la oral, y la que utiliza medios visuales, que más que predicación, es una forma de propaganda. Cuestión compleja, que puede ser considerada desde distintos puntos de mira, y para la que no podemos aportar aquí más que alguna sugerencia ofrecida a la meditación de nuestros lectores. Es, en efecto, un resultado de la nuestra que el aserto Paulino "*fides, ex auditu*" no está relativizado por circunstancias históricas contingentes y ya superadas, sino que tiene un valor permanente y profundo, y conserva todavía hoy su plena vigencia. No se trata de que, en tiempos de San Pablo, la predicación hubiera de ser necesariamente oral, pero no hoy, cuando abundan otros nuevos medios de expresión, y medios más plásticos, que "entran por los ojos"; sino de que, también hoy, a pesar de todos esos adelantos técnicos, la predicación oral sigue siendo la forma más idónea, y hasta diríamos la única verdaderamente idónea, para la propagación de la fe y la edificación de las almas.

Esta comparación entre el ver y el oír se presenta con dos términos distintos. Por un lado, hay que comparar la palabra hablada con la escrita, el vocablo con la letra; por otro lado, la palabra con la imagen. En esta segunda relación es donde más propiamente se presenta la contraposición entre visión y audición.

Vocablo y letra.

Aquella primera antítesis entre vocablo y letra, Evangelio predicado y Evangelio leído, ha sido reiteradamente debatida. Y no parece ofrecer duda ya el carácter supletorio de la letra respecto a la palabra. Porque ésta, el verbo, es, ante todo, palabra hablada, y su representación gráfica una pura forma evocadora, que facilita sí su difusión, pero no puede en modo alguno sustituir plenamente la palabra misma. Cabe decir, en

este sentido, que el Evangelio es un libro para ser predicado, y sólo secundariamente para ser leído en forma privada y muda. Este es un punto clave para la aclaración de los errores protestantes, parcialmente condicionados, por el entusiasmo humanístico que produjo la "novedad" de la imprenta; ese mismo entusiasmo, que hizo caer a los renacentistas en la barbarie de abandonar a la ruina muchos manuscritos antiguos tan pronto como sus textos habían sido ya encomendados a la "salvación" de la imprenta.

También en la vida litúrgica la lectura muda por parte del fiel tiene una función muy secundaria. Es hoy altamente aconsejable el participar en la santa misa siguiendo las oraciones del misal, pero esto no es más que un remedio ante la imposibilidad de seguir de oído lo que el celebrante recita en voz baja, o en lengua menos inteligible. No se trata así de "leer el misal", sino de seguir las oraciones que recita el celebrante, y de tomar parte activa en el acto todo de la misa. De ahí que sea antilitúrgico el leer oraciones distintas o en distinto momento, y, sobre todo, el seguir leyendo durante la predicación que interrumpe la acción de la misa. Porque la lectura misma no es lo fundamental, y no se le debe dar un papel que no tiene. En este sentido, los reclinatorios con dispositivos especialmente destinados a mantener libros abiertos para la lectura privada no pueden considerarse como congruentes con el más puro estilo litúrgico de plena participación en la misa. Adolecen de un cierto estigma humanístico y antipopular, siendo la liturgia algo eminentemente popular, dentro de la cual no puede haber diferencias entre el que "tiene" y el que "no tiene" libro, entre el que sabe y el que no sabe leer.

La antítesis Paulina (II Cor. 3,6.) entre el "pneuma" que vivifica y la letra (gramma) que mata se refería evidentemente a la superación de la Vieja Ley de letras por la Nueva Ley del Espíritu, es decir, al conflicto entre dos normas distintas. Pero también tendemos a cercenar la fuerza vivificante de la Nueva Ley cuando la reducimos a una pura literalidad. La misión de los Apóstoles consistió en predicar el Evangelio a todas las gentes, y no en repartir textos para la lectura particular, a modo de un modesto comisionista de librería o un agente de la Sociedad llamada "Bíblica".

Las imágenes del culto.

La segunda contraposición, entre palabra e imagen, toca inmediatamente la antigua cuestión del uso de las imágenes para el culto. Los errores de los iconoclastas antiguos y protestantes dieron ocasión a la Iglesia para declarar con autoridad dogmática la licitud y la conveniencia del uso de las imágenes, no sólo la de la Santa Cruz, sino también las representativas de Dios, de la Virgen y de los Santos, a las cuales se debe rendir un culto "relativo", es decir, por lo que representan y no por lo que materialmente son; y por ello mismo, con las diferencias que el culto de lo representado exige, a saber, de latría, hiperdulía y simple dulía, pero sin olvidar nunca su "relatividad", lo que hace en todo caso innecesaria la genuflexión ante la imagen.

Pero esta licitud de las imágenes implica un cierto reconocimiento de su valor formativo, y esto es lo que más interesa para nuestra difusión. En efecto, no sólo las imágenes de los Santos, sino todas las otras representaciones sagradas de la historia de la Iglesia, las mismas representaciones alegóricas de los misterios de la fe, tienen un valor formativo, y precisamente muy popular. En cierto modo, las imágenes suplen los libros, y así se puede decir que las viejas catedrales, con su rica decoración en vidrieras, frescos, capiteles, pórticos y retablos, cumplen la función de libros abiertos a la inteligencia de todos los fieles, hasta de los más iletrados. Pero aquí está la cuestión: que si aquellas imágenes pueden suplir bastante bien los libros, es decir, las letras, no sustituyen en cambio la palabra, la predicación. Porque toda aquella imaginería resulta algo sin sentido cuando falta una conveniente predicación que informe sobre su significado. Esto puede observarse claramente cuando comprobamos qué poca eficacia tienen las decoraciones de las más ricas catedrales para los fieles modernos a los que no se ha impartido la necesaria predicación para entenderlas. Porque la verdad es que el cristiano medio de hoy no entiende casi nada de lo que aquellas imágenes representan. Las contempla acaso como objetos estéticos, las reverencia quizá sin conocerlas, pero el resultado formativo es prácticamente nulo. No entiende nada de aquello por falta de predicación. Sólo quien conoce la vida de tal o cual santo, allí representado, y sus milagros, puede beneficiarse del valor instructivo de aquella representación, que le ilustra lo que ya sabe y se lo rememora con vigor plástico. Con ello podemos llegar a una conclusión del más alto valor para nuestro tema, a saber, que, a los efectos edificantes que

aquí nos interesan, *nihil ex visu quod non prius ex auditu*. Dicho de otro modo: que las palabras no pueden reducirse a una simple leyenda o aclaración de las imágenes, sino, por el contrario, que las imágenes deben quedar reducidas a su modesta fundación ilustrativa de la previa y fundamental predicación.

Precisamente en esta supeditación de la imagen representativa a la verdad representada tenemos un nítido límite para el arte sacro. Este límite podría declararse así: La representación de las verdades de nuestra fe puede tener carácter simbólico, pero tal simbolismo no puede ser una libre creación del artista, sino que debe ser siempre el aprobado y establecido por la Iglesia; fuera de este canónico simbolismo, que alude a nociones dogmáticas ya predicadas y que el fiel no debe descubrir sino conocer, el artista sacro debe ser "realista"; este realismo es compatible, naturalmente, con muchos estilos y distintos grados de estilización, pero lo que en modo alguno resulta admisible es la utilización de recursos surrealistas, por que no debe perderse de vista en ningún momento que el sobrenaturalismo del objeto religioso representado no deja de ser "real"; en otras palabras: que no debe confundirse lo sobrenatural con lo sobrerreal. El surrealismo, en el arte sacro, es indamisible precisamente porque tiende a hurtar su realidad a lo sobrenatural.

Cine "católico".

En relación con el uso de imágenes para el culto y la formación de los fieles está el del uso de nuevos recursos técnicos para la catequesis y para la propagación de la fe y de la piedad; en especial, esto toca a la cuestión del cine como instrumento edificante y "cristiano".

Una opinión muy difundida afirma que el cine puede tener un valor insuperable para la edificación de las almas precisamente porque "hace entrar las ideas por los ojos", de una manera más íntima y eficaz que la palabra, muchas veces torpe e inexpressiva, de los predicadores. Esta opinión me parece errónea.

Parece como si para llegar a esa opinión sobre el valor formativo del cine se hubiera partido de una observación sobre los indiscutibles efectos nocivos del cine inmoral. Del mismo modo que una película inmoral —parece ser el razonamiento— tiene un efecto más nocivo que todo libro o discurso de igual carácter, así también lo habrá de tener más benéfico y edificante una película deliberadamente moral que cualquier predicación.

Este me parece un grave espejismo. Porque los instrumentos más poderosos para un efecto no siempre pueden tener el mismo poder cuando se aplican a un efecto contrario. Hay algunos que resultan más eficaces al servicio del mal que del bien. Así, por ejemplo, el mismo dinero: hace más efecto cuando se aplica al servicio del mal que del bien; hasta el extremo de que algunas buenas empresas pueden llegar a corromperse y malograrse por obra del dinero. También el poder de nuestra imaginación resulta más perturbador para la oración, que puede, bien gobernada, ayudarla. Con esto no se afirma la maldad del medio mismo, sino una menor idoneidad para ciertos fines que para otros. Algo parecido ocurre con el cine, y, en general, con las imágenes que persiguen un fin edificante.

Hay que tener en cuenta desde el primer momento, que así como la palabra es una forma "lógica" de expresión, la imagen es simplemente "intuitiva". De ahí se deriva una esencial desconexión natural en las percepciones visuales. No pueden ser articuladas; no pueden formar un sistema coherente que resulte racionalmente integrable en el espíritu humano. Por ello, actúan mejor en fondos más bajos; más en la subconciencia que en la conciencia.

En relación con lo anterior está el hecho de la fuerza desalojante y estimulante de evasión que tiene la percepción visual. Esta tiende siempre a desplazar toda impresión o idea anterior, y no a coordinarse con ella, como ocurre, en cambio, con las percepciones auditivas. Al mismo tiempo, toda impresión visual intensa requiere otra de la misma intensidad para ser desplazada. Esto da al alma constantemente asaltada por impresiones visuales una inevitable inestabilidad y un constante movimiento de evasión. Con mayor gravedad, consecuentemente, cuando se trata de una sucesión rápida de imágenes móviles fuertemente impresionantes, como ocurre en el cine. El espectador de un film se ve arrastrado por las sucesivas impresiones que se le proyectan, y lanzado finalmente a un ensueño de ficción que choca con la realidad de su vida: al salir de la sala, se siente conmovido en las raíces de su personalidad, propiamente desarraigado de sí y del mundo real en que Dios le ha puesto.

Esta eficacia psicológica del cine puede ponerse, naturalmente, al servicio de la propaganda espiritual. Puede conseguirse entonces una honda impresión, que arrebate a un mundo de misterio y sensibilice para lo sobrenatural: por ejemplo, cuando se proyectan estampas de la Pasión del Señor o de los milagros de Lourdes, etc. Pero tales impresiones son, por un lado,

tan desconectadas de la vida real como las otras, por lo que difícilmente llegan a coordinarse con los móviles de la conducta ordinaria; por otro, son tan desplazables como las otras, y se supeditan así a ulteriores impresiones de la misma intensidad.

Es decir, la formación de imágenes, y más aún por imágenes móviles, resulta necesariamente impresionista y sentimental. No llega a producir una fijación estable de ideas conscientemente asimiladas. Se diría que la intensidad de la imagen es excesiva. De hecho, el estrago que produce esa intensidad excesiva disminuye la atención y la retentiva. No por entrar por los ojos se conservan mejor en nuestra memoria. En este sentido, la vieja localización de la memoria en la oreja sigue teniendo también un valor independiente de las limitaciones contingentes de la Antigüedad; de esa idea procede, como es sabido, la práctica de la *tactio aurium* con que se excitaba la memoria de los jóvenes testigos, y que tiene otras aplicaciones en liturgia y pedagogía.

Cine y TV.

Nos atreveríamos a decir, por tanto, que las imágenes, por sí mismas, no son "edificantes". De hecho, la inflación de percepciones visuales que padece el mundo moderno ha servido para producir una evasión espiritual y una subjetivización masivas. El cine ha cumplido estos fines con insuperable eficacia. La misma disposición del espectáculo condiciona ya su efecto. Los espectadores son seriados en filas, pero permanecen individualmente, antisocialmente, conectadas con el film; a oscuras, se les introduce como clandestinamente en una intimidad; la miran para sí "por el agujero de la cerradura". Esto es todo lo contrario de lo que requiere la formación espiritual, que puede ser de carácter comunitario y litúrgico o de estímulos para la interioridad en la conciencia personal, pero nunca colectiviza sugerencias de evasión individual mediante contemplaciones cuasiclandestinas.

Frente al cine, la TV supone un notable adelanto, pues, allí la palabra parece recuperar su dignidad, hasta el punto de que cabe, así se hace ya, la predicación televisada. Con esto está en relación el hecho de que, frente al cine, acto subjetivo masivo, perpetrado en la oscuridad, la TV sea un acto familiar y sin tinieblas; no una intromisión en una ficción de intimidad, sino, al revés, una apertura de la intimidad familiar a un invitado que informa sobre el mundo exterior.

Este progreso que supone la TV respecto al cine es una señal más de cómo, a través del caos de nuestros días, parecen vislumbrarse presagios de un mundo más abierto a la palabra de Cristo; presagios de que la nueva Era Atómica puede llegar a ser más cristiana que la Era de la Pólvora y el Gas.

Música y voz humana.

Nuestras reflexiones nos llevan así a una defensa de la mayor idoneidad de las percepciones auditivas sobre las visuales, a efectos de la edificación. Esto implica una serie de consecuencias que afectan a los más variados fenómenos de nuestra vida. Podríamos hablar, por ejemplo, del valor edificante de la música, de la que se ha hecho muy buen uso en la Liturgia; pero habría que agregar inmediatamente que también la música debe quedar vinculada a lo que es el centro de toda edificación, es decir, la palabra. En efecto, en un principio fue el canto, y el canto es una forma de expresión verbal mediante los recursos inigualables del único instrumento musical directamente creado por Dios, el único vivo y autónomo, que es la voz humana. Los otros instrumentos musicales nacieron como servidores y acompañantes de la voz humana; pero también ellos, llegado un cierto momento, quisieron emanciparse, y así nació la música por la música. Con ello se pudo llegar quizá a un apogeo del arte independiente, pero, como ocurre en toda rebelión, aquel florecimiento encerraba ya los gérmenes de una inevitable degeneración futura. Sin embargo, no faltan síntomas hoy de que también la música vuelve a reconocer su natural dependencia respecto de la voz humana. Pero de esto, así como de otras cuestiones que saldrían enlazadas con nuestra discusión, no podemos tratar aquí.

Oído y verbo

Bástenos, para terminar, con dos consideraciones que vienen a aclarar nuestra conclusión acerca de la permanente validez del aserto Paulino "*fides, ex auditu*": una de orden natural y otra de orden sobrenatural.

Se refiere la primera al distinto valor que ofrece nuestra conducta en el régimen de nuestros dos sentidos de la vista y del oído. Nos damos perfecta cuenta inmediatamente de cómo no hay una concupiscencia de los oídos comparable a la "concupiscencia de los ojos"; cómo pecamos más con los ojos que

con los oídos. Porque la actitud del que cierra los ojos tiene nobleza; denota un esfuerzo de intensidad, de oración, de profundidad del alma; por el contrario, la actitud de taparse los oídos es un gesto de desobediencia, de separatismo social, propiamente de idiotismo. Que si el loco se caracteriza por estar desconectado de los demás, el que se obstina en no oír es ya, a su manera, algo loco. En fin, siendo todos los sentidos buenos por sí mismo, pues Dios nos los dio, no se puede negar que hay unos más idóneos que otros para los fines de edificación, y, concretamente, entre el de la vista y el del oído hay una diferencia notable a ese respecto. Quizá se relacione con esto el que los sordos suelen ser más tristes que los ciegos.

Por último, otra consideración, de orden sobrenatural ésta, es la de que la superioridad de la palabra se nos muestra claramente en la verdad de que la Segunda Persona de la Santísima Trinidad es el Verbo, el Logos eterno, y no la imagen ni la letra. Verbo él mismo, Jesucristo, no escribió, sino que predicó. San Pablo, en el pasaje que citábamos al principio nos pone de manifiesto esta conexión del Verbo y su Palabra: "La fe viene de lo que se oye, por medio de la palabra de Cristo (día rhématos Christoû)". Por la audición de su Palabra, y la compasión en su Cruz y la manducación de su Cuerpo, nos integramos en El y llegamos a ser realmente hijos de Dios

...fides, ex auditu.

De todas estas reflexiones debemos concluir que las percepciones auditivas son, en efecto, las más idóneas para la instrucción de la fe. Que las letras y las imágenes tienen, dentro de esa economía providencial de la fe, un papel secundario, como complementos e ilustraciones de la palabra. Que, por lo tanto, la predicación, y, sobre todo, la predicación en el templo, empezando por la catequesis y la homilía dominical, debe seguir siendo el centro de toda la actividad apostólica, y que sería vano pretender suplantar, o incluso ahogar, esa instrucción oral con otros medios de propaganda, aparentemente más eficaces, que, en verdad, pueden alcanzar a los que no van a la predicación en el templo, pero que, en el fondo, son mucho menos idóneos, y totalmente inoperantes si se desvinculan del núcleo central de la predicación sacerdotal. Una vez más: la técnica debe servir al espíritu, pero nunca puede suplirlo.

ALVARO D'ORS

